

BN
RDB63.42
J61d
c. 1

m
✓

✓

José M. Jimenez.

De la Vieja Lira.



Santiago, 1911.

Al "Ateneo Dominicano",
centro honorable donde se
fraguan las ideas altruistas
que son índice del desen-
volvimiento intelectual de
la juventud dominicana.

Carinosamente

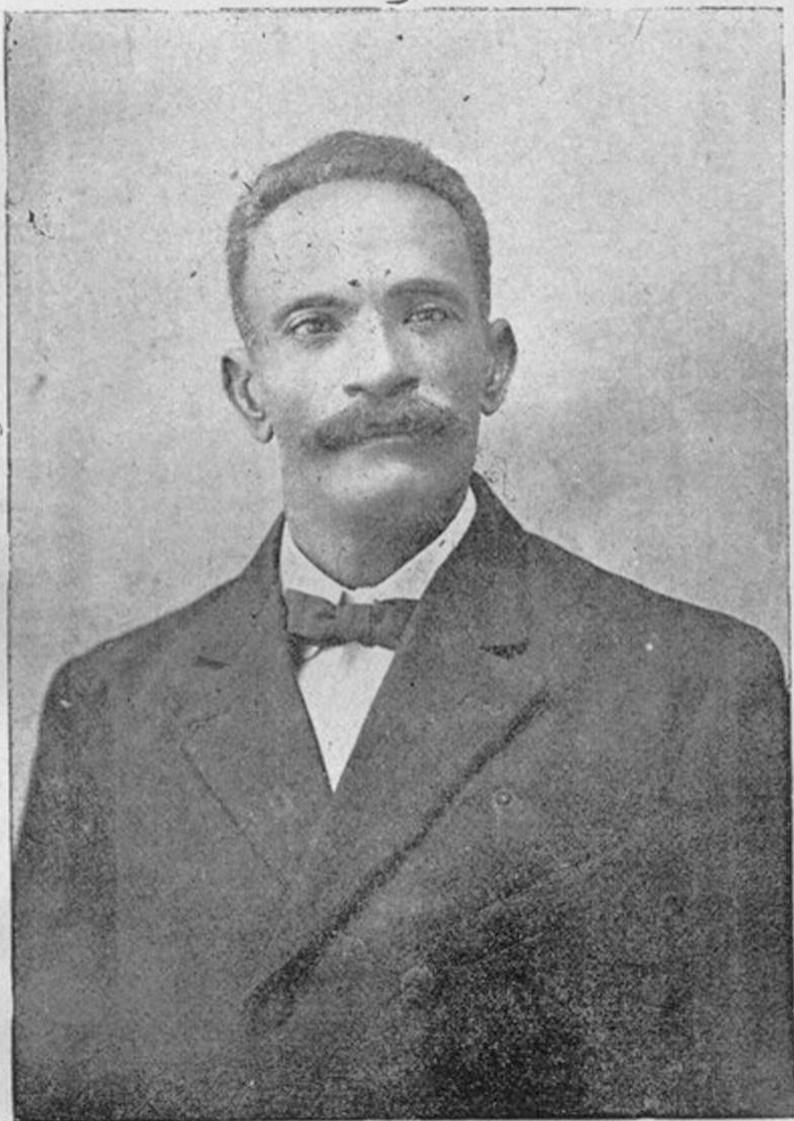
El autor

DE LA VIEJA LIRA.

Handwritten text, possibly a signature or name, appearing in a rectangular box at the top of the page.

Main body of handwritten text, appearing as a series of cursive lines across the middle of the page.

Printed text, possibly a date or a short phrase, centered in the lower middle section of the page.



JOSÉ MARÍA JIMENEZ.

RD 863.42
f 61 d
e-1

JOSE MARIA JIMENEZ.

DE LA
VIEJA LIRA

Santiago de los Caballeros
Tip. de Ulises Franco Bido
Libertad 16
1911.

3-2-67
COMPRA

022437
BIBLIOTECA NACIONAL
FUNDACION VIAL
REPUBLICA DOMINICANA

17349,10

Seg.

BUPHU
PD-RV

RD 861.44

J61d

JOSE MARIA LIMONES

19/8/00. JMT



Escuela de los Colegios
de la Tierra Firme

17349

PROEMIO.

Uno de los hábitos inveterados de la crítica, manifestación acaso de lo que tiene de ciencia, es el prurito de la clasificación. Lo primero en que parece preocuparse delante de alguna producción artística, es del encasillado á corresponderle, de la etiqueta con que ha de ser rotulada, del nombre genérico ó específico en que deba catalogarse. Nada malo en tan persistente prejuicio, como no originara apreciaciones erróneas, y colocara fuera de sus legítimos cauces, para la sanción general, corrientes cuyos orígenes son perfectamente apreciables y definidos. Así, hasta la fecha, Paul Verlaine, por ejemplo, para la generalidad, y merced á las afirmaciones de un gran número de críticos, es un decadente; aún más, es el jefe de la escuela simbolista; y sin embargo, ninguno más ingenuo, ménos torturado por el ansia de selección ó corrección; ménos trasladador de ideas; ménos preocupado de la erudición en grande, ni de la alusión ni de la síntesis, que él.

Ninguno tan él mismo como él mismo. El glorioso é impenitente trasnochador, es un tersísimo espejo en que se reflejan la variedad de paisajes, fantasías, matices y crepúsculos que milagrea la noche. La estrella de Saturno es su obsesión; y la luna, tan novia suya como de Pierrot. Es por eso que sus medias tintas no violentan sus cuadros; ó por eso que ocupaban su espíritu tantos cuadros á medias tintas.

Una vez catalogado él entre los simbolistas ó decadentes; y creyéndose la crítica en el caso de hacer una nueva clasificación á cierto movimiento literario de última hora (bastante febril en América y España); á cierto cambio (que de ninguna manera quiere decir progreso) le moteja con el nombre de *modernista*. A buen seguro que, de no tener previamente encasillado

al maestro, la crítica habría podido percatarse de que la mencionada denominación, era demasiado arbitraria para unos procedimientos que carecen de fisonomía propia; que están íntegramente indicados y contenidos en la composición «Arte poética» del mismo Verlaine; y que por tanto debían llevar el nombre de «verlainismo».—Cierto que se han desviado hácia la caricatura; pues se «junta lo impreciso á lo preciso», en multitud de casos, como se junta el aceite con el agua; y se *crepusculiza* con frecuencia en instantes en que rabiosamente calcina el sol desde el inflamado meridiano.—Y se orquestan tales sin-sentidos musicales, que resultan unas verdaderas y desesperadoras *romanzas sin palabras*. Y se matiza lo más agudo de un parasismo erótico con la orechata de un desmayado poniente. Si tan ridículos matrimonios no los soñó nunca el reencarnado sátiro-devoto que tuvo tan alta noción de las gradaciones ideológicas, es indudable que á él debe referirse la expresa indicación de ello, más que á su mera influencia. Con ser ésta evidente.

Otro daño del prurito crítico de clasificación, lo reciben espíritus apocados, voluntades castradas que se funden en una moda de arte, y se confunden con ella, nada más que por disfrutar la indefinible ventaja de obtener un rótulo. No comprenden, como no quiere comprenderlo una parte de la crítica que, á medida que el tiempo avanza, y se cruzan las razas, y se mezclan las especies, y se ligan las electricidades, lo genérico se diluye fatalmente en la armonía y cometración universales.

El autor de este modesto libro; modesto por los cuatro costados; revela con grande amplitud, y á pesar de las batalladoras solicitudes de la actualidad literaria, que su intuición está por encima de todos aquellos prejuicios; que su conciencia artística es suficientemente robusta para no caer en la tentación; que profesa el arte como ascensión de espíritus, y no como vericuetto de rebaños. Pertenece al número, cada vez mayor por fortuna, de aquellos que no huyen de parecerse á nadie, para que no se les aprecie como estravagantes; de aquellos que no tratan de parecerse

á nadie, para que no se les syndique de simios; de aquellos que saben cómo tienen dentro de su cerebro una distinción cerebral tan propia, como la tienen personal en el propio rostro. Pertenece en suma á los que ven con sus propios ojos, y oyen por las propias orejas y hablan de sus propias ideas. No serán nuevas; no serán tuyas enteramente; no serán grandes; pero serán dichas por una sinceridad y no por un fonógrafo. Con cuatro sábias pinceladas, dibujará un paisaje. De mundo ó de interior. Incompleta ó fragmentaria, nos dará su sensación personal.

Nos contará cómo siente; y veremos que siente con aquel romanticismo bueno ayer, bueno hoy y bueno *in eternum*. Con aquel romanticismo que tiende al refinamiento y depuración de sensaciones y sentimientos, para adquirir la levedad cuantitativa de niebla necesaria al espíritu, en su afán de remontar hácia lo ideal; para adquirir la suavidad sedosa necesaria al espíritu en el cultivo de sus relaciones de sociedad. A modo de un río, se partirá en varios brazos, y abarcará otros senderos á más del hondo cauce que le lleva á la mar, y que en el caso de los poetas, es el amor. No el amor sensual meramente, sino el amor *Amor*. Puede ser que ante dolorosas injusticias, ante injustificables crueldades, ante malsanas aberraciones, ese amor empuñe el látigo de la sátira. Así lo haga débilmente, no por eso deja de ser una de sus manifestaciones agudas. Y el autor nos enterará de esas cosas con expresiones reveladoras de que por lo ménos cree que la palabra nos ha sido dada para que nos entendamos.

De tales resultas, si no demasiado avante, va por buen camino. En su trayecto no encontrará la Capilla donde se falsifiquen sensaciones, ni el cenáculo en que se torturen sentimientos, ni el taller en que se fabriquen dedos de estátuas, ojos de estátuas, torsos de estátuas, aunque nó estátuas..... Como no desmaye, y siga su virtuosa peregrinación, llegará al gran valle florido, frente á la montaña de luz, bajo el cielo radiante.

GASTÓN F. DELIGNE.

LA OFRENDA.

(A mis hijos).

Ola!.. Todos aquí!.. Cese el jolgorio!..
Dejad, hijitos míos,
la charla bullanguera con que á diario
atronais el recinto ...
Acercaos, que os traigo una noticia
grata á vuestros oídos ...
Más juntitos aún; porque abrazados
os quiero siempre hallar, y siempre unidos ...
A ver ¿quién de vosotros
adivina el motivo
de este afán y esta angustia
que asoman á mi faz? Quietos!.. Tranquilos ..!
Que todo lo sabreis ... Estoy fraguando
aquel regalo que me habeis pedido
con labio suplicante ...
¿Y aún no recordais? Vaya! aturridos!
El libro aquel de marras
es esto que aquí veis; es vuestro libro!..
Lo echaré por el mundo
sin éjida á rodar, como un mendigo
que sólo alcanza á despertar las muecas
de un grosero desdén, áspero y frío ...
Como que es tan humilde ¿qué otra cosa
merecida le está? Pero ¿qué miro?
Os entristeceis? Ah! no tengais pena,
pedazos de mi alma desprendidos,
vosotros me amparais; sobre esas pájinas
dejad el exorcismo
de vuestro puro amor; con vuestro aliento
atizad el brasero
casi apagado, donde el estro mio
yace embotado y sin vigor; y entonces
vereis, absortos, que, del fondo umbrío

donde se hacinan las punzantes dudas,
con deslumbrante brillo
en vez de sombras surjirán auroras
en derredor del libro ...
Por mí no os inquieteis, que á mí me basta,
lo único á que aspiro,
es que amorosos recibais la ofrenda
que os hace mi cariño ...
Qué la ofrenda no es buena? Poco importa!
un refugio le queda en su camino:
la encerrareis vosotros en la urna
en que guardais vuestros afectos íntimos!..

JOSÉ M. JIMENEZ.

1910.

DEL NATURAL.

A mi buen amigo, el distinguido y celebrado
crítico y purista Don Federico García Godoy.

(Poema en miniatura).

I.

Las mefíticas aguas del pantano
por lo común reflejan
las livideces que, en su fondo negro,
el lodazal enjendra ...
Ninguna flor con su perfume grato
aquel contorno á depurar se presta, ...
sólo caben allí cardos y espinas
que en confusión rastrean ...
Hay que huir de ese sitio, cuyo ambiente
virus de muerte entre sus ondas lleva,
y enderezar la planta hácia la cumbre,
donde la brisa perfumada juega
entre la fronda vírjen
cuajada de renuevos y de yemas ...
En el mundo moral, extenso espacio
en que su baba infiltra la impudencia,
todos tambien se apartan del que exhala
infamias y miserias ...

II.

Y Rosa fué una niña
que arrojó el albañal en el sendero
difícil y escabroso de la vida,
como una escoria del inmundo cieno.
No tuvo ella la culpa
que aquel fatal veneno
se infiltrara en sus venas y en su alma

desde el albór primero...
 ¿Qué culpa tiene la azucena agreste
 que abrió su cáliz en el surco negro
 de húmedos antros, si el destino quiso
 darla esa cuna, despiadado y ciego?

El hálito candente
 de la vil corrupción, secó en su pecho
 la fuente misteriosa donde nutre
 sus fibras el pudor; nunca sus sueños
 le forjaron mirajes inocentes,
 ni visiones seráficas, reflejos
 de aquella candidez angelical y pura
 tesoro de la infancia ... Sus ensueños
 fueron prolija confusión de formas
 de repugnante aspecto ...
 ¡Qué horribles muecas inventaba el vicio
 danzando en su cerebro !....

III.

Desfilaron los años, hacinando
 tropiezos y deslices
 ante esa infortunada, cuya angustia
 contó los quince abrilés ...
 Una mañana se asomó al espejo,
 y la tersa y bruñida superficie
 retrató, con orgullo,
 el corte escultural de sus perfiles.

IV.

Se irguió ensoberbecida
 como el Luzbel caído,
 rebosando su pecho los antojos
 que dejaron desierto el Paraíso....
 Entonces á su alma,
 como buitres hambrientos y bravíos,
 en tropel acudieron los halagos
 que Satán murmurara en sus oídos:
 —¿Para qué esa belleza dominante?
 —algunos la habían dicho—

¿Qué harás de tus encantos,
de tu gracia gentil y de tu hechizo?»
«Te olvidas—repetían
con criminal cinismo—
del estigma que llevas en la frente?
Del jergón miserable en que has nacido?»
«Estúpida ..! no aspiras
al dulce galardón del sacrificio;
todo es inútil, aunque en loco empeño
te enfrentes al destino».
«Es preciso vivir; pero en los brazos
del placer que nos lleva hasta el delirio;
ir en pos del deleite,
del deleite que encanta los sentidos».
«¿Quién como tú entonces, seductora?
De belleza prodijio,
verás la multitud ante tu paso
alfombrando de flores el camino ..!»

V.

Nada hay tan atrayente y falso
como el declive que el abismo borda;
ay! del que incauto pone sobre el antro
la planta imprevisora ..!
La pendiente del vicio
más rápida es aún, y más traidora;
se rueda muy aprisa
hasta un caos de horrras espantosas ...
Y la niña rodó,
rodó como la roca
desprendida con ímpetu violento,
del farallón que el oleaje azota ...
Entregó su hermosura
á las dulces y pérfidas lisonjas
de labios pervertidos, siempre abiertos
para abortar promesas engañosas ...
Y el tráfico siguió, siempre rastrero,
indigno, degradante ... De la honra,
convidada al festín, hizo jirones
la turba licenciosa ...

MALVADO !!...

A mi distinguido amigo Don Polbio Franco.

Allí está, la infeliz! Oh! cuán maltrecha!...
Y qué siniestro brillo
fulguran sus pupilas!... Qué hondos surcos
ha labrado en su semblante el filo
del amargo pesar y el desencanto!...
Cómo asoman sombríos
los tintes de la orgía,
los groseros hálitos del vicio,
devorando, con furor de hiena,
los restos de la gracia y el hechizo
de la antigua hermosura!... Ella, la pobre,
arrebujada, y en glacial mutismo,
se afana en esconder de sus harapos
los miserandos ripios...
Y surjen á la mente los recuerdos!...
Gratas visiones del edén perdido:
el tiempo en que era un angel
en el paterno asilo;
aquella edad de oro, en que un enjambre
de ensueños y delirios
en tropel la asediaba, deleitando
el alma y los sentidos!...
Y luego él, gallardo, rebosante
de májico atractivo,
ostentando en su frente la presea
de su ferviente amor y su cariño...
Después... algo muy negro
viene á turbar el éxtasis divino...
Es el recuerdo de la horrenda noche
en que loca, con torpe desvarío,
abandonó el hogar furtivamente

para seguir al seductor... Un grito
se escapó de sus labios,
—ruda explosión de un pecho que, partido
en mil pedazos salta ...—«¿Qué le ocurre
señora? ¿Necesita Ud. de auxilio?...
¿Implora una limosna?...
Aquí la tiene usted ...» Así la dijo
apuesto caballero
que acertara á pasar por el recinto.
Y, al acercarse á ella: «Magdalena!! ...»
—exclama confundido—;
y otro grito más rudo
articuló este nombre: «Federico!! ...»
Y huye el miserable,
dejando en aquel sitio
dos cosas en el lodo: la limosna
y la mujer que encenagó en el vicio.

AGUINALDO.

(Al competente educacionista
Don Salvador Cueurullo).

¿Dónde iba? No sé. ... mi paso incierto
por el sendero ingrato resbalaba
sin norte fijo ... Sobre el pecho enfermo
el fardo de mi angustia, y en el alma
el hondo desaliento, como un dardo
penetrante y tenaz ... De mi nostalgia
me levanté azorado
con la expresión de un loco en la mirada,
y, en mi deslumbramiento,
ví la tarde que hermosa, soberana
de la tierra y el cielo, sus pinceles
mojaba en rojo y gualda,
y de paisajes vívidos, soberbios
los ámbitos llenaba ...
Y luego la confusa muchedumbre
de aire y goces ávida,
repartiendo perfumes y sonrisas
en la espléndida plaza ...
Y allí, cerca de mí, bajo una fronda,
en el ángulo estrecho, entre apretada
confusión de chiquillos, como abejas
que la miel acendrarán
con un rumor de ola, un pobre ciego
con cabellos de plata,
y los ojos en blanco, levantados
con la dura fijeza de una estatua,
como pidiendo al cielo un sólo rayo
de luz ó de esperanza,
para aquellas pupilas temblorosas,
ríjidas y apagadas ...

Misterio impenetrable! aquel anciano
que entre las sombras su existencia arrastra,
y ha de llevar el corazón marchito,
y en jirones el alma,
de un *triple* hiere las vibrantes cuerdas,
y trae á su garganta
un haz de arpejios con que ufano entona
el viejo *zapateo* ... En la algazara
forman coro los niños;
los *grandes* al pasar llenan la estancia
con risas y murmullos
en que envuelven talvez la burla ingrata ...
Pero el anciano, que su triste suerte
olvida, cuanto más se embriaga
en el deleite de su dulce acento,
con creciente fervor *puntea* y canta,
brindando á los curiosos
su aguinaldo de Pascuas!
Y yo me dije entonces, agobiado
por la tortura de mi pena amarga:
ese anciano que vive entre tinieblas
es más feliz que yo, que mi nostalgia
en el silencio arrastro por el mundo.
El es mendigo de la luz que falta
en el cristal de sus pupilas yertas,
y, sin embargo, canta!
y á mí que llevo un sol entre los ojos
me sobran las tinieblas en el alma!

UN MAESTRO DE ANTAÑO.

No había hora del día en que el ceño de don Anastasio, adusto, poblado de cejas y de arrugas, no fuese motivo de alarma para sus discípulos, enjambre de chiquillos medrosos que formaban la inscripción de su plantel de enseñanza. Los inocentes no se daban cuenta de aquel cambio brusco, inesperado.... Momentos hubo en que sobraban razones para temblar como unos azogados. Y eran aquellos en que el *Sultán* de aquella colonia en miniatura, yendo y viniendo de un lado á otro de la estrecha estancia; las manos cruzadas sobre la trasera; el pecho entumecido; la boca semi-abierta, por donde se escapaban algunas oleadas de aquel volcán que rujía en su interior; el cabello en desorden, y los ojos un sí no es relampagueantes, monologaba él revolviéndose como un tigre enjaulado....

—«Esto no puede ser!»—decía en el colmo de la exaltación—No, no puede ser! Eso es un ataque rudo á la paz de las familias; más aún, eso es atropellar de una manera criminal, los fueros de la moral; eso es decirle á la religión y á las costumbres de nuestros abuelos: «largo de ahí, que nada tienen ustedes que buscar ya....» Lo repito, eso no puede ser...!»

Y los chicuelos se estrechaban en los bancos desvencijados, en el colmo del estupor. ¿Qué significaba aquello? Se habría vuelto loco el maestro? Y todos á su vez miraban con ojos de espanto aquel látigo terrible, en forma de tridente, tejido con tres vueltas cada diente, que remataban en nudos como puños, y que él llevaba siempre colgado en la cintura. Que un inocente de aquellos se veía acometido de repente por una de esas *necesidades* imperiosas?... ¿Y qué?

Era preferible sufrir en silencio los pujos y retor-

cimientos del vientre, antes que despertar á aquel *Cancerbero* colgante....

Y si hubiera sido eso únicamente, de los males el ménos; con un poco de valor y unos cuantos gimoteos, ya estaba; pero ¿y aquella trahilla de tormentos que formaban el repertorio de crueldades que, á guisa de castigo, se usaban por entonces? ¿Cómo olvidarse de los *guayos*, sobre cuyo dorso desgarrador se desangraban las rodillas por horas enteras? De aquellas pinzas que, puestas en la nariz, amorataban el rostro, y sufocaban la respiración? Ni de los bloques de piedras, como montañas, que aplastaban y conturbaban hondamente el cerebro?...

Y vaya usted á poner de relieve toda la perversa estratajema de que se valían aquellos maestros para obligar á las tiernas inteligencias á beber la luz del saber!... Había de sobra para que cualquiera se espeluznase....

Pero.... ¿tenían ellos alguna culpa? Nada!... ese era el sistema de aquellos buenos tiempos, y ya sabe todo el mundo que las edades hacen á los hombres. Ahí están los conquistadores y colonizadores de la América y el Africa, entre otros ejemplos.

Don Anastasio era natural de Bayona, provincia de Galicia. Vino al país por los años de 1861, arrastrado por la ola anexionista. Despejado luego que fué el horizonte político, y puesta la nación dominicana en legítima posesión de su vida autonómica, no quiso el intruso volver á la vida miserable y ruin del lugarejo que le vió nacer. La nueva nacionalidad era mucho campo para sus aspiraciones... Y se quedó de firme....

Con un poco de decisión primero, y favorecido luego por altos personajes (que nunca faltan) se vió don Anastasio en el camino de hacer fortuna. Examinó con ojo avisor, cuál derrotero convendría á su ambición, y un día, tocándose la frente, prorrumpió en una exclamación denunciadora de su alegría: «Ya apareció aquello!... Seré maestro de escuela!... ¿Y qué? ¿Quién pondrá en tela de juicio mis aptitudes para el caso?»

Y se fué derecho á donde estaba la barahunda de los asuntos públicos; y se dió tal maña y desparpajo, que cuando volvió, traía en sus manos, triunfante, como si tremolase la bandera de la patria, el documento firmado y sellado que le constituía director de una escuela de primeras letras.

—«Por fin!...—se dijo, en el colmo de la satisfacción—Me agarraré de esto aun cuando fuera un clavo hecho ascuas....»

Y efectivamente, don Anastasio abrió las puertas del *redil* aquel, adonde acudieron las *ovejitas* del barrio, y desde aquel instante se consideró incommovible, omnipotente!...

¡Qué de cartas entonces á sus parientes y amigos de la vieja España!...

—«Si vieras este país!—decía á su hermana en una de ellas—Ya quisiera yo verte respirando este ambiente! Estoy como el pez en el agua!... Ya lo creo que lo estoy! Calcula que paso mis horas conduciendo un manso *rebaño*, sin inquietudes ni temores!...»

Y la cándida Inés contestaba: «Nos alegramos todos de que te hayas metido á *pastor*, pero te aconsejo que abras los ojos con los lobos, si es que abundan por ahí....»

—«Vaya una salida!... Qué tontuna! No haber sabido interpretar el *quid pro quo!*...»

Y corrieron los años, y el gallego afianzó su posición, perdido en un barrio, embolsándose á hurtadillas parte de las rentas nacionales, y aprovechándose de la época en que estaban aún en embrión los conocimientos de pedagogía; en que la familia dominicana no se daba exacta cuenta de su misión en el concierto universal.... Pero debía llegar el día en que abriera sus ojos á la luz. La ola del progreso todo lo arrolla y lo transforma. Principiaba una nueva era para Santo Domingo; todo cambiaba de faz.... La ciencia didáctica moderna abría anchos surcos, y dejaba caer en los cerebros su semilla fructífera; la hermosa comunión de sistemas y doctrinas, empujaba ante su paso las viejas prácticas; anulaba la rutina, y ponía á la vista de la juventud y de la ni-

ñez los programas educativos de Pestalozzi y Kalkins, de Hostos y de tantos otros no menos esclarecidos apóstoles de la escuela contemporánea.

Y he aquí que el zoquete de Don Anastasio comprendió que su omnipotencia tocaba al fin; que la impunidad iba á ser juzgada y deshecha; y esos temores, muy fundados, le tenían dado á todos los diablos.... La Esfinge iba á caer de su soberbio pedestal!...

Por eso monologaba enfurecido, y perdía las horas en inútiles divagaciones.... Cómo! él, desprenderse de su *modus vivendi*, sin protestar siquiera! Eso nunca!...

—«Pero ¿qué es lo que sucede? se preguntaba una y mil veces—¿Quién ha podido introducir así, de manos á boca, esas malditas reformas escolares? ¿Quién es el necio que pretende establecer y sostener enseñanza sin que el azote sea el primer factor? Vaya con las estupideces!... Y luego ¡qué herejía! Excluir el Catecismo Cristiano!... El Catecismo, con el que tanto se calentó los sesos el Reverendo Padre Ripalda!... Y todavía peor, en su lugar introducir esa *quisicosa* con título de «Moral Social» de ese otro loco!... Algo serio va á suceder.... Bueno; allá ellos!... Serán responsables ante Dios de las calamidades consiguientes....»

Y por más que se empeñaba en buscar consuelo en estos desahogos, nada! la pícara idea no se apartaba un momento de su mente.

—«Pero esto es para desesperar hasta á un santo!—repetía tirando bruscamente de los pelos de su enmarañado bigote—¿Cómo demonios quiere esta jente que me meta en honduras? Qué geometría, ni qué niño muerto!... ¿Acaso he entendido yo nunca de esa batahola de enseñanza objetiva? Lo dicho: esos brutos están locos ó borrachos!...»

Más oh! desastre! á pesar de ese torrente de quejas y de ironías, semanas después, á raíz de los exámenes de aquel año, el pobrecito de Don Anastasio fué declarado inepto para el desempeño de sus funciones, y vino la destitución tan temida.... Y!... adiós sueños color de rosa!... Adiós *piñonate*, como llamaba él su instrumento de suplicio, de *tres vueltas* retorcidas y un nudazo en la extremidad de cada diente....

ACÍBAR.

El AMOR es tósigo
que envenena el cuerpo y el espíritu;
es opio que, en el alma,
de la ilusión enjendra los delirios....

Vorájine traidora
que, en cauce cristalino,
con la esperanza viste sus espumas,
y aposenta el engaño en sus abismos.

Es copa diamantina
en que el deleite liban los sentidos,
y en cuyo fondo la perfidia vierte
su venenoso filtro....

Flor que en rico verjél luce y ostenta
sus tintes purpurinos,
y entre su broche de oro
el áspid del dolor forma su nido.

Mariposa de luz que nuestros ojos
deslumbra con sus alas de zafiro,
y á otras rejiones desdeñosa vuela
burlando nuestros ayes y suspiros....

Estrella refuljente
que deslumbra la vista con su brillo,
y en medio al derrotero siempre deja
á oscuras el camino.

Amor, en fin, es símil de locura,
aquejarre de sueños fementidos;
luz y sombra á la vez, traidor enigma,
fantasma del destino!...

FLORESCENCIA.

(Al reputado periodista y escritor galano,
don Felix M. Nolasco).

De público se cuenta
que, en aquella ocasión, noche espantosa
hizo á Neptuno despertar, airado,
sus ecos de tormenta....
que el mónstruo, arrebatado,
la costa flajeló con la horrorosa
efervescencia de su ronco aliento;
que impetuoso el viento
devastó con sus alas la vistosa
y odorante guirnalda
—tejida con renuevos de esmeralda—
del abrupto ribazo, que era adorno
de todo aquel contorno
en que se rompe, ciego, el oleaje
de un mar rudo y salvaje....
Negra desolación alzó la enhiesta,
descarnada cerviz, donde lucía
exhuberante y rica la floresta
sus más bellos festones;
do alegre, Primavera,
una lluvia de yemas y botones
dejó siempre caer en la pradera....
Los zarzales, armándose de dardos,
formaron su palacio
exornado de encajes
de algas y de cardos;
y colgaron siniestros cortinajes
en toda la extensión de aquel espacio....
Fué en esa horrible noche en que el deshecho,
recio turbión acrecentó el torrente

que sobre angosto lecho
 se filtra por la altísima pendiente;
 y aquel hilo de plata
 que su escaso caudal de roca en roca
 murmurando desata,
 se vió sierpe pujante
 que, con audacia loca
 y empuje de gigante,
 la maltrecha colina fué minando,
 y más luego sembrando
 la dura urdimbre de tupidas breñas,
 de troncos y de peñas
 que, en su rodar violento,
 casi anularon el fragor del viento....
 Por acaso arrastrada
 entre el fuerte aluvión, de salto en salto
 rodó, desde lo alto
 de la cima escarpada,
 pobrísima simiente,
 que vino, al fin, á dar en la hondonada
 de la sirte rujiente...
 Desde allí la ola inquieta
 que, con espumas, en el antro hirviente
 viste blanco sudario,
 la encajó, sin piedad, entre una grieta
 de peñón solitario....

.....
 El tiempo lo hizo todo;
 y guiado por la mano
 que jérmenes de vida hace del lodo,
 sobre el mísero grano
 dejó sávia fecunda,
 con líquenes y musgos amasada
 en la grieta profunda....
 El limo enjendró un brote,
 un embrión, un ensayo
 de forma en miniatura;
 jérmén de planta convertido en tallo,
 y luego en palma altiva
 de penacho jentil, engalanada
 con rizos de verdura

que los ojos cautiva....
Desde entonces se iergue soberana
de aquel peñón aislado, en cuya frente
corre á estrellarse el ábrego inclemente
cargado de violentas tempestades....
Y cuando asoma en el Oriente el día,
alumbrando las vastas soledades
del ancho mar, las cumbres, los collados,
ella refleja en su penacho albores
 de la fresca mañana,
como iris de paz, que á los alcores
 de los vecinos prados,
gratas promesas de bonanza envía....

DE GOLPE Y PORRAZO!

El que el 23 de Enero último hubiera llegado á la metrópoli del Cibao, se hubiera visto más que tentado de hacerse interiormente esta pregunta: ¿qué pasa aquí? Tal era el trajín que se llevaba entre manos la jente elegante, los mimados de la fortuna, los que tienen cojida por el mango la sartén del placer y del deleite.

Casi mareaba ver de cerca aquellas idas y venidas, en coche ó á pié: pero todas atropelladas, empujándose los unos á los otros por las calles, como si no hubiese espacio ni aire suficientes para nadie... Y aquella barahunda, aquella voráGINE donde se confundían, en abigarrada amalgama, risas, jestos, colores y trajes, crecía y aumentaba, según que pasaban las horas....

Pero ¿á qué obedecía esa explosión de entusiasmo febril? Tarea inútil la de encontrar una respuesta satisfactoria por el momento. ¿Preguntar? ¿A quién? ¿Iba alguien á detenerse para satisfacer las necesidades de un *quidam*? ¿Qué bobería!... Perder un tiempo precioso!... Y tan precioso que la tarde se iba en zancos, faltando aún tanto por hacer....

Era preciso que los unos hospedaran en la faz el afeite, buscando auxilio en el cosmético, para disimular ó encubrir alguna huella imprudente; que otros diesen la última ojeada al frac; que ellas, las del sexo bello, escojiesen las blondas, cintas y encajes afines del color aéreo ó vaporoso del suntuoso vestido, etc. etc. Y todo esto traía de revoltillo á los peluqueros, sastres, zapateros y demás artistas de la moda....

Aquello era una Babel; todos hablaban á un tiempo; eso sí, sin detenerse, sin que nadie entendiese una jota de lo que se decía, y todos justificaban su falta de

atención por la premura del tiempo....

Pues! nada! toda esa bambolla era producida por la proximidad de este acontecimiento: un baile: Sí, señor, un baile *majistral*, si se permite el calificativo....

Y la inspiradora, la sultana de esa fiesta, la Cleopatra de aquella turba enloquecida por la embriaguez del placer, era Mlle. Ribieux, una francesa preciosa, hija lejítima del París elegante y aristocrático, llegada á estas playas pocos dias antes.

Naturalmente! en lo justo estuvieron los factores del espléndido obsequio. Ridiculez ó necedad hubiera informado ello, si no se hubiera puesto todo al nivel de las prendas personales, y de la elevadísima posición de la agraciada. ¿Qué se habría dicho luego de nuestro medio social? ¿Qué válvulas no se hubieran abierto á la crítica? Claro!... era razonable atender á los términos de este dilema: ó una fiesta ajustada al molde de la más refinada aristocracia, ó nada!...

Y hé aquí por qué se andaba jadeante por calles y plazas, á la pesca de los aditamentos que la flaca naturaleza humana necesita para dejar ocultos, siquiera sea por unas cuantas horas, los míseros entuertos que, mal de su grado, la asedian desde la cuna....

Pero hagamos justicia. Examinado bien este exceso de amor propio que cada cual se tomaba para sí, resultaba lójico, irrefutable. Muchas y pesadas razones había para ello; una, entre otras: se decía, no ya por lo bajo, sino de voz en cuello, que la *francesita* era un primor de hermosura y jentileza; que era lo *chic* en cuanto á formas, tono aristocrático, amabilidad y otras tantas *lindezas*.... Y aún cuando nadie, ó muy pocos, habían podido apreciar personalmente estas prendas; aún cuando muchos no habían tenido la ocasión ni el honor de verla, siquiera de lejos, ya todo el mundo lo daba por sentado y admitido. ¿Dudar? Envidiosos!...

Y esta convicción corría de boca en boca, como una consigna; y era tal la prisa que se daban los del convite, que apenas hubo marcado el reloj la hora, el entusiasmo había crecido de punto, y ya al salón, fastuosamente adornado, se había lanzado una mul-

titud ávida de luz y de goces, mientras que, en la calle, la turba de curiosos (que en todo mete la nariz) invadía el recinto, siendo de todo punto imposible atrevesar aquella muralla viviente, sin dejar festones, blondas, botones y rizos en medio á la oleada de jente....

Entre las damas había mucho que observar.

¿Quién ignora que las mujeres son furiosamente egoístas en cuestiones de amor? Es muy difícil—por no decir imposible—hallar alguna que mire, con buenos ojos, las deferencias de que es objeto la que tenga mayor suma de fuego en la mirada, ó más cantidad de veneno en la sonrisa.... Mientras las más se empeñan, como en una guerra á muerte, en conquistar una señal, un mohín siquiera, por insignificante que sea, con tal que halague, que encienda la vanidad ó la dormida esperanza, otras lanzan, desde algún apartado rincón, llamaradas de terrible despecho....

Y á la *reina* del baile, la francesita aquella, sobraba de todo eso, amén de otras gracias y *sales iticus*. Vaya si le sobraba!...

Pero sobre todo lo dicho y apuntado, la observación tenía un punto de apoyo, una meta más interesante todavía. Ah! *los pollos!* los dueños del campo!... Allí las ceremoniosas cortesías, las muecas con pretensiones de sonrisa, los dejos y balanceos de cabeza, las entumescencias de pecho, como diciendo: ¿qué tal les parecen á ustedes mi gallardía y donaire? Y; cuántos no tomaron, en aquella noche memorable, las exajeradas posiciones, como seguros medios de trimfo!... Las miradas ardientes se cruzaban como flechas en la suntuosa estancia; pero todas iban á dar en un sólo blanco: la francesita incomparable....

Y ella!... era para verla!... Qué de mímicas exitantes! Qué relampaguear de las miradas!... Qué desparpajo en el reir!... Parecía estar en su elemento:... ardiente, seductora, inquieta!...

Y los minutos corrian, empujados los circunstancias por aquella hirviente sirte del placer, donde hacían brillante contraste la luz y los colores. Y no debía cerrarse aquella fiesta, que haría época en la vida

social de la ciudad heroica, sino con un broche de oro.

Narciso, el popular *speaker*, el de la dicción *fácil* y *conmoverora*, se atrevió,—¡atrevimiento inaudito!—,atropellando por todo, hasta por sobre su extraña timidez del momento, á endilgar la reglamentaria ovación á la agraciada.

Es verdad que lo hizo á su manera, estrujando, haciendo de la lengua de Hugo un verdadero *popouri*; más ¿quién iba á pararse en pelillos en aquella hora de locura y de delirios? La salva de aplausos atronó el recinto, y la satisfacción casi ahogó al orador....

Así terminó aquel obsequio espléndido, sin paralelo. Y cuando talvez se preparaba la segunda edición; ¿y porqué nó? cate usted que otro acontecimiento más exitante, de un interés que enjendraba estupor, y asombro, y.... vergüenza, vino á conturbar los ánimos, y á arrancar de todos los pechos un grito de justísima indignación. Y todo porque en los últimos periódicos llegados de la Capital de Francia, decía «Le Matín» en un sueltecillo:

«Los *amateurs* del baile de «Mabilles» están de luto; se ha escapado el mejor pájaro de la bandada!... La arrebatadora, la incomparable *Bebi* ha emprendido viaje á las Américas (Isla de Santo Domingo) rehuyendo el cuerpo por el gran escándalo del sábado último, del cual fuera ella la causa principal».

Cáspita!... Qué golpe para los almibarados!... Qué bochorno para los iniciadores del festival! Y sobre todo, qué torpeza!...

.....
Aquella Mlle Rivieux era la *cocotte* prófuga del París escandaloso....

1908.

MIS ANSIAS.

(Al partir las tropas hacia las fronteras).

I.

Así, con la cerviz radiante, altiva,
en hombros del orgullo levantada;
ardiente la pupila que refleje
la efervescencia de tu loca rabia;
el pecho entumecido desbordando
hirvientes oleadas....

Así, llevando en los robustos brazos,
de vergüenza y de honor el oriflama;
emulando á los hijos de Ayacucho
en sus proezas magnas;
haciendo tuyos, por lo heroico y grandes,
los mil trofeos de la edad romana,
los hechos de Platea y las Termópilas
timbres que fueron de la antigua Esparta,
así te quiero ver, que así en mis sueños
te he soñado mil veces, Patria amada!

II.

Cuando con rojos tintes, á tu frente
sube la noble indignación del alma;
cuando convocas con terrible acento
á tus valientes hijos, que en las armas
buscan el premio que tu amor reserva
á los que, en lucha ingrata,
el pecho oponen al intruso ultraje,
muriendo al pié de tus benditas aras;
cuando es rayo que aturde
el terrible fulgor de tu mirada,
y el espacio se llena con los ecos
denunciadores de tus iras santas,

entonces, y sólo entonces
—dando al desprecio mi tortura amarga,—
con lejítimo orgullo reconozco
que eres la misma aún, la misma Patria;
aquella que, entre el humo del incendio,
de Talanquera entre la cruel matanza,
triumfadora enhiestó sobre el haitiano
la noble enseña tricolor cruzada!...
Eres la misma con tus grandes glorias!...
son siempre iguales tu renombre y fama!...

1902.

ARTE DIVINO.

Cuando se abrieron las doradas puertas
del alto Empíreo, y luz esplendorosa
el espacio abarcó, regando soles
por los confines de la esfera ignota;

y surjieron, despiertos, al contacto
de su chispa creadora,
los mundos que dormidos gravitaban
en el seno invisible de las sombras,

los ámbitos oyeron
rodar por sus alturas silenciosas,
una explosión de mágica armonía
que, entre sus ráudas ondas,

el himno universal llevaba ufana.
en alas de la estela luminosa,
dejando por doquiera
animación y vida en cada nota

Desde entonces Apolo
en el Olimpo vierte sus estrofas,
desarmando de Júpiter Supremo
la fulminante cólera

Allí aprendió la brisa
á manejar la lira rumorosa
que, entre la urdimbre estrecha del bosque,
se mece con las frondas

De allí el concierto rítmico
que sus trinos ensaya con la aurora,
y en donde cada artista
oculta en la garganta un haz de notas.

Y la nube que rueda conmoviéndola
la inmensidad recóndita;
y convertida en perlas
lleva un salterio entre las densas gotas.

Pulsa la mar en su rujiente sirte
un arpa portentosa,
con que Neptuno juega entre la espuma
animando el estruendo de las olas....

Guarda también la noche en el regazo
de sus tinieblas, apacibles trovas
que arrullan dulcemente sus misterios,
su paz y su modorra....

Hay música en las alas gigantescas
del huracán que la centella aborta,
grandiosa apoteosis que proclama
la potestad que en los espacios mora....

Oh! divina Creación!
imájen de lo alto, que atesoras
dulces consuelos para el alma triste
que amargas heces de dolor rebosan!...

Siempre tu númen santo
conserva esa virtud consoladora,
que del humano corazón estirpa
nostalgias y congojas....

BÍBLICA.

(Ofrenda de Pascuas)

Miradlos!... como alegres mariposas
por los senderos van,
coronados de nardos y de lirios
los hijos de Judá

Es de Israel la pléyade escojida,
es el pueblo de Dios
que alegra con sus cánticos de gloria
los valles de Sión

Las púdicas doncellas el semblante
cubren con denso tul;
y el coro de mancebos vibra, ufano,
las cuerdas del laúd

Grupos risueños y apiñados cruzan,
hollando con sus piés
la muelle alfombra de menudas flores
que pueblan el verjél.

Y todos en confusa muchedumbre,
uno de otro en pos,
fijan los ojos con afán creciente
por donde nace el sol ...

¿Dónde la planta mueve, poseida
de entusiasmo febril,
de dichas pregonando nueva era
la estirpe de David?

¿No teme de los árbitros de Roma
los odios despertar?

Ni del tirano que á Judea esclaviza;
la torpe iniquidad?

«Hosanna!... hosanna!... con acento firme
repite por doquier....»

«Bendito sea el que á salvar descende
la gloria de Israel!...»

«Rompa sus hierros la ignorancia insana
proterva, criminal,
y resplandezca en la conciencia humana
la luz de la verdad!...»

«Corramos hácia Oriente donde brilla
el Astro Redentor;
el Rey de reyes que á sus siervos muestra
la escala de Jacob!...»

«Ya despertad de vuestro sueño horrible
Oh! hijos de Caín!...
Sea vuestra ley la que dictó al Profeta
el Dios del Sinaí!...»

«No temais de los déspotas la ira,
su orgullo y su maldad;
que ya en el cielo espléndida fulgura
la espada de Jehová!...»

«¿No veis cual se derrumban ya los muros
que el vicio levantó,
y de sus ruinas surjen los cimientos
del templo de Sión?...»

«Cantemos sin temor el don precioso
de hermosa libertad
con que nos brinda el que plantó su tienda
en Bethlém de Judá!...»

.....
Así las turbas con ferviente anhelo
clamaban en tropel,
mientras nacía en miserable establo
Jesús de Nazareth!...

ABOLENGO.

(A la Sta. Anadina Castellana)

I.

En ese viejo libro
 en que cuenta la historia sus hazañas,
 y en donde el hierro, y la ambición, y el odio
 con hueca carcajada,
 y su espantoso jesto de ignominia
 blasonan de la ruina de una raza;
 entre tantos horrores
 como se hacinan en sus negras pájinas,
 nota un dulce recuerdo
 como rocío que refresca el alma,
 como perfume delicioso y raro
 que al corazón embriaga
 Es que palpita y vive entre sus ondas
 el alma de la tierra quisqueyana
 Tú que altiva y gentil la senda huellas
 moviéndote á compás como la palma;
 tú que orgullosa llevas en la frente
 el abolengo de la estirpe amada,
 acepta el canto que mi vieja lira
 como una ofrenda ante tu altar levanta
 Tú eres digna de él, pues simbolizas
 la rica herencia de hermosura y gracia
 que orgullo y gloria fueron
 en los valles floridos de Jaragua

II.

En tu rostro
 mezcla el oro
 su áureo tinte, con la pompa
 purpurada de la rosa

tropical;
y en la tersa,
en la serena
limpia frente, se dibuja
amplio nimbo de hermosura
celestial....

Un reguero
en tus cabellos
la luz finje de diamantes,
que en cascada de ondas suaves
lame el pié.
Y es tu boca
primorosa
flor de sangre; grana abierta
que desgrana nimias perlas
á granel ...

Tu cintura,
cómo ondula
y se mueve blandamente,
cual el junco que se mece
cimbrador!
De la negra
noche densa
de tus ojos, lanza el día
—cual torrente de ígneas chispas,—
su fulgor....

Con la pompa
que atesoras
de tu hechizo, fiel retrato
de la estirpe de Caonabo,
copias tú....
Dios bendiga,
hermosa niña,
tu beldad y gentileza,
y conserve tu inocencia
y tu virtud....

DON FREDY.

Por donde quiera que iba, siempre dejaba un vaho de olores ricos, embriagadores, como si llevara dentro de sí un laboratorio de esencias...

Esbelto, arrogante hasta la altivez, no desperdió nunca ocasión ni medio para meter á los demás, por las narices, sus ínfulas de *elegante*; ínfulas que al fin y al cabo, bien estudiadas por los fisonomistas, resultaban *resueños* de petulancia.

Los guantes de cabritilla cenicienta; aquellos botoncillos engarzados que finjían estrellas en el blanquísimo cielo de la pechera; su frac correcto y atildado; sus lentes montados en oro, que velaban amenudo el relámpago de la grosera lascivia que fulguraban sus pupilas; todas esas eran prendas que nunca dejó olvidadas; que constituían su mayor deleite; que eran, en fin, parte integrante de su existencia.... ¿Desprenderse de ellas? ¡Qué locura!... ¿De ellas, sus compañeras, mejor dicho, los leales cómplices de sus triunfos sociales? Ni pensarlo siquiera!...

Y es lo que Federico decía para sus adentros:— «La sociedad es la eterna alcahueta de la ostentación y el brillo, verdadero ó falso, lo mismo da. Pues deslumbrémosla, hagamos de nuestro individuo una pila imantada, de fuerza irresistible; arrastrémosla en pos y sometámosla á nuestro capricho.... Nada importa que la engañemos; la habilidad consiste en saber engañarla....»

Y cualquiera que no sea un tonto, convendrá con él en que había razón de sobra para este soliloquio.

Pues es claro!... ¿Quién va á disputarle su influencia al que pregona, en pleno día, un pasar limítrofe con la opulencia? Sería chistoso!...

Además, á nadie sorprendería ya la noticia de que

el *elegante* caballero don Federico Ruiz, (Don Fredy, como se le decía cariñosamente), fuera el ídolo, (así como suena), de toda una ciudad de Santiago de los Caballeros.... No señor; á nadie....

En la calle se le chocaban unos con otros los saludos afectuosos; aún antes de que se le viese, se le sentía, se le olfateaba; todo por la atmósfera odorante que le denunciaba al paso; luego la retina se fijaba tenazmente en el derrotero que, á manera de franqueador, iba enrareciendo el perfume; mientras que la sonrisilla, aducona y veleta, asomaba sus muecas al labio, para recibir, á fuer de agradecida, el signo misterioso y seco que, en forma de un «adiós», hacía la cervíz altiva.

Pero con toda esa balumba de admiraciones con que estaban sobrecargados los hombros del ídolo; á pesar de esa órbita de deslumbrante brillo en que jiraba como astro de primera magnitud, ¡parece increíble! nadie hubiera podido responder—caso de que alguien las hubiese formulado—á estas ó parecidas preguntas: ¿quién era don Fredy? ¿De dónde venía? ¿Dónde podría leerse el lustre de su árbol genealógico? ¿Eran real y efectivamente merecidos los elogios, las ovaciones y respetos que le abrumaban?

De seguro que sus fanáticos admiradores, sin parar mientes en esas futilidades, habrían respondido, no sin cierto molín de disgusto:

—«Vaya una ocurrencia! Don Fredy es quien es.... ¿Quién tiene derecho para meter la nariz en su reputación? La sociedad le es deudora del brillo que sobre ella refleja, y la sociedad sabe á que atenerse.... y ¡Santas Pascuas!...»

Justo! Y don Fredy sigue siendo el astro rey de aquella constelación que tiene á honor ser deslumbrada con sus esplendores. ¿Quién hubiera soñado siquiera que aquel bribonzuelo, vagámmundo y zumbón, que azotaba calles y plazas zambullido en jirones asquerosos, ofreciéndose—en los barrios mal olientes de la ciudad—para aspirante á presidio, hubiera llegado á esas alturas? Capricho de los dioses!...

Y es lo cierto que si la jente de pro hubiera hun-

dido la mirada y el pensamiento en el pasado de Federico; si se hubiese revuelto y sacado á flote la hez de sus primeros años; si se hubiera expuesto á la faz del mundo aquel panorama horrible, donde se disputaban la supremacía vicios y desvergüenzas, ah! entonces todos, á cual más, arrepentidos, horrorizados se hubieran tapado el rostro, y de su ídolo sólo hubiera quedado el prototipo del miserable.

Pero ¿qué bobada! ¿quién iba á pensarlo siquiera? Y sin embargo, no había cosa más cierta. Federico había sido un.... *cualquiera!* Mentira! que fué un ladrón y un asesino!...

De lástima fué recojido del arroyo por un filántropo que se le metió entre ceja y ceja ¿cosas de viejos! pulir y, hasta si era posible, anular por completo las rugosidades de aquel retoño áspero y duro.

Nadie se opuso á ese capricho; Federico no tenía parientes, y aún cuando los tuviese ¡vaya usted á buscarlos!...

El granujilla batió palmas de regocijo; aquello era miel sobre ojuelas.... Las cosas se hacen en regla, y don Fernando las entendía....

El *redentor* era un célibe aferrado, encariñado con las satisfacciones que le procuraban su filantropía y sus riquezas; herencia estas últimas—muy envidiable por cierto—de su único pariente: una sobrina pequeña. Federico vino á ser el *tercio* en el hogar honrado. Creció aspirando, embriagándose en el perfume de lejanas esperanzas de lujoso bienestar. Sus instintos de zorra se desarrollaban maravillosamente.... Luego, cuando estuvo en la alborescencia de la vida, puso sus ojos en la heredera, y se hizo, al fin, dueño del reducto. La niña, cándida é inocente, confióle el tesoro de su honor y su reposo....

El tiempo volaba, y el mozalvete se hizo hombre de arrogante presencia, con sus miajitas de *sabihondo!*... Qué satisfacción para el padre adoptante! Y cuántas veces le oyó el mismo Federico monologar de esta manera:

«He hecho obra buena;... no he sembrado en lo árido;... he robado su presa á la infamia!...»

Pobre loco!...

Un día... (sucedió de repente) el dolor enlutó el hogar; el *protector* se fué al *otro barrio*, sin que persona viviente supiera el porqué... Sólo Federico y la mano del crimen lo supieron.... Luego fué público que un testamento cambiaba por completo la faz de aquella existencia; poniéndola al alcance de una gran parte del botín codiciado.... La plaza sitiada quedó abandonada á su albedrío....

Un año bastó para la otra hazaña; la niña se fué por donde se había ausentado el tío, y mediante la misma *receta*.... El veneno no dejó ahora, como no había dejado antes, ningún rastro.

¿Ni quién se ocupó de aquello? La sobrina y el tío se murieron porque sí, como otros cualesquiera! Cosas de nuestra tierra!...

Y.... ¡lo más doloroso! el malvado quedó en posesión *legal* de la fortuna ajena. Y, al presente, nadie tiene razón ni derecho aparentes para escupirle al rostro sus infamias.

Y don Fredy sigue siendo lo que es: espejo espléndido de elegancia donde se miran, alelados, los más.

Así le vemos pasearse orondo por las calles, con ese jesto de desdén y petulancia que es eterno huésped de sus labios, como diciendo al mundo que le mira estupefacto:—«Soy obra de mi propio esfuerzo!... Inclinaos ¡mándrias! ante mi paso!...

BÁQUICA.

(Al buen amigo Pedro A. Sallant).

Mucha luz en redor; fuertes aromas
llenar la estancia, do el placer anida;
de los búcaros cuelgan flores mustias,
sin gracia y lozanía

El lampo asalta el nácar transparente
del bruñido cristal, y enciende chispas
de ópalo y zafiro en las facetas
de espléndida vajilla

Hay fuego en el aliento,
fuego en el corazón y en las pupilas;
recios chasquidos de ardorosos besos
que al vértigo convidan

Y exabruptos groseros
sin freno y sin medida,
que arrancan de los labios, encendidos,
escandalosa grito.

Inés, la «Banileja», la que tiene
canela en las mejillas;
la que ha humillado con su talle al junco,
es reina de la orjía....

Cleopatra triunfadora! vedle el seno
en cuyo dorso de marfil se agita
el oleaje rudo
de la fiera pasión que la domina!...

Qué lástima que anhelos corrompidos
por sórdida impudicia,

quemien su boca, nido de primores,
convertido en volcán que hiel vomita!...

—«¡Venga la copa!—exclama—la que enciende
en el fondo del alma la alegría;
la que ahoga en el pecho los pesares;
la que adormece nuestras penas íntimas!...»

«El placer es un dios!... Sólo Cupido
hizo del corazón noble conquista,
 trocando en rico almibar
la amarga levadura de la vida.»

«¡Venga la copa! y en su afán constante
de endiosar la virtud, áspera y fría,
dejemos que, insensata, dando tumbos
la humanidad hipócrita prosiga!...»

Y al choque del cristal donde burbuja
sus nimias perlas la espumante cidra,
con el báquico aplauso se adormece
 la turba enloquecida....

FIAT LUX!

(Al distinguido amigo y compañero
don J. Antonio Hungría).

Cuando instigada por secreto anhelo,
cuando impulsada por extraña fuerza,
se vió, dominadora,
la progenie de Adán sobre la tierra,

sintió dentro del alma
el retozar de aspiraciones nuevas,
el ansia de un deseo indefnible,
de una ambición tan noble como intensa.

Del esfuerzo al conjuro,
hizo foco de luz su inteligencia,
y en el recinto oscuro del cerebro
brilló una chispa y se encendió la idea.

Y se sintió feliz!... Ancho horizonte
abarcó el pensamiento; su conciencia
gozó de paz dichosa;
tuvo hermoso objetivo su existencia.

—«Ten por norte la fe; sigue adelante!
—una dulce y secreta
voz misteriosa, murmuró en su oído—
Ha de ser tuyo cuanto el orbe encierra!»

«El bien es el trabajo,
la luminosa estela
que ha de alumbrar con su fulgor hermoso
de tu destino la escabrosa senda!...»

Entonce infatigable
con hondos surcos taladró la tierra;

y al desgarrar su seno
brotó la sávia que corría en sus venas.

Con sostenido ahinco
el poder de su númen puso á prueba,
y robó sus misterios á la planta
para vestir con ellos su paleta.

En el oscuro abismo
sorprendió del metal la oculta huella,
su rudeza venció finjiendo formas,
hospedando la luz en sus facetas.

Sacó del antro negro
el níveo bloque y la mohosa piedra,
y el espacio llenó con sus perfiles,
y el arte engalanó con su grandeza.

Y todo, al fin, á su ambición responde,
á su sabio mandato se sujeta:
la luz, la planta, el aire,
el rayo que en el éter centellea....

Prodijio indescriptible del trabajo!...
Indescifrable arcano de la ciencia!...
Son ellos los que encienden
la redentora chispa de la idea....

ESPEJISMO.

A mi buen amigo, el poeta don Ramón E. Jiménez.

I.

Yo iba aquella tarde,
pletórica de calma,
llevando sobre el alma
el ansia del hogar;
y en tanto que mis pasos
incierto discurrían,
de tintes se teñían
los cielos y la mar....

Sentéme en un ribazo
de altísima pendiente;...
bañaba el sol mi frente,
el mar rujía á mis piés.
Y allí llevado en alas
de extraño arrobamiento,
voló mi pensamiento
¿á dónde? No lo sé!...

Recuerdo que del fondo
del haz de mis dolores,
se alzó, rico en colores,
un prisma encantador....
Vinieron á la mente
venturas de otros días,....
lejanas alegrías
que el tiempo ya borró....

La edad en que, travieso,
con planta presurosa
la esquiva mariposa
trataba de alcanzar;

y luego entre el follaje
del bosque rumoroso
rendíame gozoso
cansado de jugar....

Mas luego otras visiones
aquestas alcanzaron,
que mi alma dilataron
por célica rejión....
La edad de los encantos
que pueblan nuestra vida,
la edad que nos convida
con plácida ilusión....

Aquella en que sentimos
con grata complacencia,
sonar con más vehemencia
las cuerdas de un laúd....
Aquella en que la mente
no alcanza la mentira,
y en torno sólo mira
amor.... lampos de luz!....

II.

De súbito cerrarónse mis ojos,
mi vista se apagó;
y lágrima de fuego por mi rostro
ardiente resbaló....

Desperté como el ave que en su nido
sorprende el cazador;
volví la faz en torno... ¡qué silencio!
Silencio aterrador!...

Me aparté de aquel sitio solitario
sangrando el corazón....
Oh! que triste es soñar—dije abatido—
soñar con la ilusión!...

PRO PATRIA.

A Don Emilio Prud'homme,
el extinto compatriota y celebrado poeta.

Que pase la tormenta...!
Que huya la avalancha
de lágrimas sin cuento, que la nube
de crímenes preñada,
vaya á abortar su miserando enjendro
bien lejos de estas playas....
Que brille en el Oriente sol de vida,
un sol de luz, de amor y de esperanza,
ostentando en sus fuljentes rayos
el iris de la gloria quisqueyana....
Que al golpe rudo del cortante acero
retiemblen las montañas,
y en sus laderas, que aduló la inercia,
—bien repletos de sávia—
luzca sus frutos el trabajo honrado,
que ancho horizonte al porvenir prepara....
Que surjan por doquiera los veneros
de industriales riquezas, amasadas
con los anhelos que enjendró el civismo,
del patriótico bien en la cruzada....
Y, sobre todo, que el fiero paroxismo
de acerbos odios y ambición liviana
que el error encendió, con mano aleve,
en el santuario angusto de las almas,
se truequen en auroras de concordia
y bienestar y paz, fundadas
en el noble ejercicio
de cívica virtud immaculada....
Que no se pierda nunca

la libertad sagrada
que, en los tostados campos de Beler,
de Dajabón y Jácuba,
nuestros abuelos, con heroico brazo,
tallaron con el filo de su espada!...

EN LA TALA.

A Porfirio Herrera, el poeta laureado.

I.

Ya surge el almo sol; á su conjuro
despiértase la selva!...
Y zumba, y salta, y se revuelve hirviendo
sobre la alfombra de las hojas secas,
travieso enjambre, como flecos de oro,
flotando en la maleza....
Al replegarse en la hondonada abrupta
el perezoso manto de tinieblas,
abre la flor su broche en los alcores,
y el ave entona la armoniosa endecha....

II.

Vedlo! allá va con el cortante acero
que al beso matinal brilla y chispea,
colmado el corazón de paz dichosa,
tranquila la conciencia....
Es el rudo soldado del trabajo
que marcha á la pelea
donde se oponen á su afán honrado:
la selva gigantesca;
el astro-rey que sobre el mundo lanza
efluvio ardiente que la faz caldea,
un mar de lava que su cuerpo baña,
y que desgasta su pujante fuerza....
Pero firme y tenaz en la porfía
jamás desmaya en la viril contienda,
y vibra el hacha, se descuaja el monte;
sacude la montaña su melena;
ya desprendidas de sus tiernos tallos
en confuso tropel las hojas vuelan;

arrebataadas de la fronda virjen
con destemplado s3n crujen las hiedras,
y un negrusco escuadr3n de viejos troncos
en api3nado haz cubre la tierra....
Como esforzado campe3n que mira
á su adversario caer sobre la arena,
contempla el labrador el campo yermo,
y una sonrisa entre sus labios juega.
Está vencida la soberbia encina!
Maltrecha yace la pujante ceiba!...

III.

Ahora el fuego destructor; cabalgue
la llama audaz sobre la red estrecha
del ramaje, y arda;
sienta sus besos la escondida grieta,
y, atropellando sus revueltos jiros,
suba hasta el cielo la quemante hoguera.
Nada importa que las fibras crujan
con l3gubre chasquido, y se retuerzan
rebeldes en tropel, ni que la arista
busque refugio en la azulada esfera;
que allí do está la destrucci3n, la ruina;
allí donde la tierra
como un volcán de jigantescos crater
se enrojece y husmea,
ha de brotar ma3ana el rubio grano,
ha de surjir la esbelta,
la temblorosa espiga,
el caro fruto que la vida encierra!...

1890.

UN MINISTRO EN REGLA.

Cualquiera que no consultara bien los quilates que calza en punto á decisión y valor, casi se arrepentiría de acometer la árdua y peliaguda empresa de sacar á relucir *dotes, méritos, achaques* y aun *resabios* ministeriales, en un país como el nuestro donde, por más que nos desgañitemos pregonando progresos y libertades, las pasiones políticas andan siempre á *puñetazo limpio* con las instituciones republicanas. Pero como no todos hemos nacido sujetos á las mismas impresiones; ni todos los temperamentos han de ser, por regla general, nerviosos ó asustadizos, ¡afuera las vacilaciones! Vigoricemos la dicción franca al calor de nuestras injénitas energías, y.... ¡de frentel...

Que de qué pasta son los Ministros de esta tierra? Vaya una preguntilla capaz de poner á cualquiera los pelos de punta! No por otra cosa, sino por lo difícil que es, dar una contestación siquiera aceptable. Hay tanta mezcla de cosas en esa pasta!...

Y luego que hay necesidad de un caudal de paciencia, y sobre todo, de acierto para introducirse en ese intrincado laberinto de caracteres heterogéneos que tanto abundan en la manera de ser de esos *señorones*. Yo he conocido y tratado; me he codeado, por decirlo así, con los más, y—salvo alguna que otra excepción—nunca me fué posible sacar nada en limpio en lo tocante á sus aptitudes, ni mucho menos á sus prendas morales. ¿Tengo yo la culpa de esto? ¿No data de siglos que la hipocrecía y el disimulo—que vienen á ser la misma cosa—se presentan siempre de máscaras? Vaya usted ahora á buscar la linterna de Diógenes!...

Pero alguna virtud ha de ocultarse, humilde, en ese aquellarre de pasiones mal comprimidas, me ob-

jetará alguien que lea esto. Claro que sí!... No todo ha de ser negruras... Que se trata de afabilidad, cortesanía, espíritu atrayente, etc., etc.? Ahí ellos!...

Siempre cuando pienso en sus proverbiales agasajos y mimos, recuerdo con cariño al bueno de don Antonio Barajas. En toda la historia biográfica de la política ministerial contemporánea, no hay una sola figura que se le parezca. Oh! aquel era un hombre en toda forma, salvo algunos defectillos de poca monta. Como que, al fin, nada hay perfecto! Pero ¿dónde encontrar otro que supiera rodear su personita de respetos y ovaciones merecidísimas?

Ninguno como él conocía ese intríngulis, ese desparramo de imaginación necesarios para sacar á flote, triunfantes, las grandes cuestiones del Estado!... Ni ¿quién tampoco como él para eso de hacer á un lado *puntillos* de dignidad mal entendida, (tontunas, como quien dice), para seguir de *Ceca en Meca*, entre sudoroso y jadeante, los talones del *Jefe y Señor*, recojiendo flores (como ustedes lo oyen) para ir alfombrando con ellas los pasos del *ídolo*? Cuando yo les digo que era aquel un Ministro en toda regla!... Y luego tan dulce, tan insinuante, tan arrebatador!...

La naturaleza debió sufrir grandes pujos para modelar un hombre como aquel. Arrogante (porque lo era), amable, servicial y mano-abierta con aquellos que se empeñaban en formarle esa aureola de prestigio que tanto le envanecía... Y no vaya á creerse que era don Antonio como los más de sus compinches de labor, entre otros ejemplos: como aquel don Judas y don Alarico, y don Bruno Atila y don Julián *Gargantúa*, como se le decía por mote; ni como ese otro de don Javier Corvedile, de nefasta recordación.

No, señor; no era como ninguno de ellos, sosos, estúpidos, arrebatados, eso sí; Ministros sólo por el título y la petulancia consiguiente!... Nada! que era un gusto verle desafiando las multitudes, con su verbo enérgico y vibrante unas veces como la tempestad, melífluó é insinuante otras, como la ola mansa!... Y cómo se llevaba de encuentro los estrados, con sus disertaciones á lo Demóstenes!... Qué satis-

facciones íntimas!... Cómo asomaba, como iris de paz, la sonrisilla de la gratitud hácia sus entusiastas admiradores!... Bien merecidos tenía aquellos aplausos calurosos!... Era la ovación de un pueblo agradecido, y el pueblo ha sido en todo tiempo el mejor juez. Vaya si los merecía!... ¿No estaban patentes los grandes beneficios de su mano ó por su influencia recibidos? ¿No le debía la Patria buena parte de la estela luminosa que la guiaba á un porvenir feliz y glorioso? Bueno! pues bien hacía la multitud en pagarle siquiera fuera con explosiones de simpatía y de agradecimiento.... ¿Qué nó? Hombre!... y entonces ¿qué consuelos se reservan para el sacrificio?...

Yo siempre he estado del lado de la justicia, y creo que la posteridad no hará nunca otra cosa mejor ni más justa, que bendecir la memoria de uno de los hombres más esclarecidos. Hablo de la posteridad de esta tierra.... Por supuesto!...

En lo único que el cándido de don Antonio, ya tanto tiempo llorado y echado de ménos, no dejó—según el decir—muy buenas y honrosas referencias, fué en aquello de los *tiritos*. Cuentan las crónicas que eso le ponía de muy mal humor, nervioso y espantadizo, bañándole el sudor á borbotones!... Debilidades! No para todos se hicieron los laureles del Cid! Y no era para ménos; los encumbramientos políticos de este bendito país, son cosas para vistas. Vaya usted á probar que los Ministros están hechos para otra cosa!... Quiera hacer entender á nuestras masas populares, en el paroxismo de sus disturbios salvajes, que esa jente está ahí para asuntos de mayor importancia para la Nación!... Que su misión está muy distante de la obligación de conducir las al *matadero*!... No se canse; aquí se entiende eso de otra manera. Los Ministros han de ser hombres de pelo en pecho, capaces de un barrido como de un fregado. Nada de andarse en cuebillas!...

Y, desgraciadamente, don Antonio ¡el pobrecillo! tan compasivo, tan enemigo de esos espectáculos de sangre, sufría las torturas de Prometeo, cuando el Jefe, ó las circunstancias, le ponían al frente de algunas

guerrillas!... Cómo! exponer así una existencia tan preciosa!... Descender de su categoría aristocrática para confundirse groseramente con una centena de soldados insolentes é indisciplinados!... Maldito Ministerio, entonces!...

Y el zángano sudaba, se revolvía, bufaba y casi estaba á punto de dar al traste con su encumbrada posición. Gracias á que en aquellos momentos venía á adular sus ímpetus, las promesas para el porvenir, el deleite y regalo en que se engolfaría una vez pasado y sufocado el sangriento turbión....

Y se iba al peligro confiado, agarrado á su estrella, que siempre le fué fiel. Y volvía luego orando, satisfecho de haber puesto su mano hábil para desenredar aquel embrollo....

Entonces la relación circunstanciada y chispeante de sus hazañas! Vaya usted á oirla! Nadie, que no fuera él, hubiera contenido, con tanto valor como acierto, aquella voráGINE hirviente!... Qué va!...

Así es que, dadas tan preciosas prendas, no se me puede tachar de parcial ó apasionado, cuando recuerdo con cariño al bueno de don Antonio....

1898.

PAISAJE AGRESTE.

A Della Quesada.

Tú lo has dicho, hermosa niña.
Cuando entre albores de grana,
surje Osiris bajo el palio
de la festiva mañana,
cuánto goza el alma enferma
al contemplar las montañas
con la pompa de sus tintes
y sus brisas perfumadas.
Qué grato será subir
adonde anidan las águilas,
y mirar el horizonte
á incalculable distancia: ...
y tener á nuestros piés
el abismo que se ensancha
entre vertientes abruptas
por donde el torrente salta! ...
Cuántas veces en tus horas
de tedio y mortal nostalgia,
cuando has sentido la vida
como una enojosa carga,
un prolongado suspiro
se te ha escapado del alma,
y entre el suspiro esta frase:
«qué hermosas son las montañas
con su dosel de verdura
y sus brisas perfumadas! ...
Quién pudiera entre sus frondas
levantar una cabaña,
y vivir lejos del mundo,
grosera mansión de infancias! ...»

CONTRASTE.

Al dilecto amigo don Luis M. Castillo.

Amanece;...
tibios rayos refulgentes que el zenit tiñen de rosa,
por Oriente,
por Oriente se despiertan, se levantan y se asoman
parpadeando;
se hacen dardos opalinos que al espacio Febo arroja
en su mágica conquista del imperio de las sombras....
Y al rodar,
al rodar por las alturas de la luz las claras ondas,
un reguero de oro en polvo van tornándose las lomas;
y semeja la sabana,
la sabana en que el rocío sus diamantes amontona,
vasto campo,
vasto campo salpicado de esmeraldas y de aljófar....
Todo es gozo por doquiera; nada falta, todo sobra....
Sólo un sitio,
sólo un sitio solitario, solitario entre las frondas,
interrumpe
el armónico concierto de los ritmos de la aurora....
Junto á un nido
primoroso, junto á un nido que cobijan verdes hojas,
ruda escena
se realiza en el follaje que la luz á trechos corta.
Un ave triste,
cuyas alas enredadas en los hilos que allí flotan,
la cabeza inclina al peso de su angustia dolorosa.
Y si acaso,
y si acaso vano esfuerzo puede hacer en su traidora,
en su tétrica agonía, que mil ansias le provoca,
por su pecho,
por su pecho destrozado un raudal de sangre brota;
sangre tibia que deshuesa el esmalte de las hojas.

y cual lluvia,
 densa lluvia suspendida sobre el nido, el nido enoja....
 Infelice!...
 Quién creyera, quién creyera que al cruzar la selva umbrosa,
 fueras presa de arma aleve, de arma aleve que destroza
 como un rayo! rayo impío! tu existencia venturosa!...
 Ni tampoco
 quién dijera, quién dijera que, en tus últimas congojas,
 retornaras
 á morirte sin consuelo sobre aquellas mismas hojas,
 dulce hogar
 de tus ensueños, dulce hogar que animó tu vida toda!...
 Pobre madre!
 Pobre madre que te mueres, que te mueres triste y sola,
 acaso oyendo
 el reclamo de tus hijos inocentes que te imploran....

 Mundo infucio!...
 Mundo infucio, cómo escondes tras el velo de ilusoria
 dicha vana,
 el cortejo, el cortejo luctuoso de tus sombras!...

EL CHARCO DEL INDIO.

Al celebrado poeta don Marcelino Andino.

I.

El sol en el ocaso.... Esplendorosa
viste la tarde vívidos fulgores;...
 ámbito dosel de púrpura,
en jirones descansa sobre el borde
 del abismo insondable,
que finje un mar de fuego.... El horizonte
 retrata en la colina,
 en el cerro y el monte,
fúljidos tintes de esmeralda y oro
 que exornan los alcóres....

II.

Y fijo en el paisaje
 que le embarga y le absorvè,
trayéndole á la mente los recuerdos
 de triunfos y de goces
borrados por el tiempo; con la honda
amargura reflejada en el bronce
 de la faz reluciente,
cual otro Prometeo uncido al poste,
está sentado un indio. La hermosura,
 la arrogancia y el porte
dicen de su abolengo; es el intrépido
 Maniatibel, el noble
 que en Dicayagua es árbitro
y Señor de la cohorte
de guerreros; el mismo cuyo brazo
tenaz y resistente como el roble
centenario, siempre en triunfo
llevó á sus luestras por espesos bosques.

¿Por qué triste y sombría
su mirada contempla el horizonte?
¿Por qué su frente anubla
fatal presentimiento que le roe
cruelmente las entrañas?
Es que vió, desde el bloque
de negras piedras que su pié golpea,
cruzando por el norte
del valle extenso que el barranco ataja,
confusa soldadesca.... El indio entonces
comprende que imprudente
su palabra empeñó; que los favores
del *arijuna* astuto
con creces paga, y que en traición innoble
se truecan su lealtad y su inocencia....
Amarga duda el corazón le rompe,
y lágrimas de fuego
sus pómulos caldea.... Ya la noche
viene colgando del bosque espeso
sus tétricos crespones,
y en el alma del indio se aposentan
angustias y dolores....
¿Qué destino le espera á la falanje
de fieles campeones
que guardan y defienden
de Caonabo la invencible corte?
¿Cumplirá el extranjero la promesa
que entusiasta le hiciera aquella noche
inolvidable, cuando ruda lucha
consagró su amistad?... Y sus temores
ve ajigantarse cuanto más se engolfa
en el mar de sus dudas.... Un galope
atropellado y recio
la senda hiere de improvisó, y pone
la zozobra en su alma, que presiente
amargos sinsabores....
Maniatibel levantóse impelido
por una fuerza extraña;... mira al borde
del antro oscuro á cuyos piés el Yaque
turbulento desata sus rumores,
y un grito agudo de dolor, de rabia

los ámbitos recojen....
Luego un cuerpo que rueda,
como una masa informe,
por la pendiente desigual que lleva
al cauce negro que entre peñas corre....

III.

Y en tanto que las aguas
tumultuosas se encrespan y se rompen,
pasa en tropel, por el sendero angosto,
la turba de soldados españoles,
llevando prisionero, escarnecido
al gran Caonabo, del intruso azote....
Sólo el engaño y la maldad pudieron
entregarle vencido á los traidores!

AMARGURA.

Mentira!... eso es falso; los que dicen
que es esta vida un manantial de encantos,
ó son locos de atar, ó cuando ménos
unos pobres ilusos ó insensatos.

El hombre corre tras la dicha, ciego,
con ardoroso y férvido entusiasmo,
y, al quererla tocar, ve su esperanza
desvanecida como fuego fátuo....

En esa lucha pérfida, insidiosa,
el inocente corazón humano
se deja embabecer cándidamente,
de la ingrata ilusión al fino halago.

Oh! torpe humanidad! siempre inexperta,
siempre con un eden loca soñando,
sin advertir que mientras más avanza
está el soñado bien más apartado....

A veces cuando miro de la turba
necios arranques de delirio vano,
risa de compasión ó de desprecio
se escapa, sin quererlo, de mis labios....

¿Será talvez porque en la lucha recia
mis mejores ensueños he dejado?
O porque voy sin rumbo entre tinieblas
con todo el corazón despedazado?

Pudiera ser; más si la dicha existe,
¿por qué á mi alrededor hay tanto llanto?
y el espacio está lleno con los ecos
del amargo dolor y el desengaño?

¿Dónde la dicha hallar? ¿Dónde se esconde?
¿Cómo aclarar el misterioso arcano?...
Para correr detrás de ese fantasma
es preciso ser loco ó visionario....

Estas dudas de muerte sólo dejan
una grande enseñanza: que aquí abajo
todo es falacia, liviandad, mentira;...
que la sólo verdad está en lo alto!...

1910.

27 DE FEBRERO.

Atrás! protervo pueblo de Occidente,
de las Antillas el borrón odioso,
¿qué quieres? qué intentas, pretencioso?
¿Imperar en mi patria? pues detente!...

Vuelve, sí, vuelve atrás tu negra frente
sepúltala en tu alcázar tenebroso,
no despiertes al león furioso
que puede devorarte de repente.

Esta tierra que ves hermosa y bella,
de luz y gloria por doquier bañada,
es la tierra bendita de Quisqueya
que jamás por tu planta será hollada,
pues el pueblo valiente de Febrero
antes que haitiano ser, muere primero!

1897.

LA ADÚLTERA DE ORIENTE.

(FANTASIA E HISTORIA).

I.

Allá van!... Cubiertos sus rostros de sudor y de polvo; abrumados sus ojos por los efluvios de un sol abrasador, cuyas reverberaciones ofenden la pupila; secos los labios por el hálito de una sed ardiente, los miserables mercaderes divisan ya, perdida entre reflejos, la ciudad impía.... Pronto habrán dejado el desierto con sus peligros y fatigas, y luego se perderán entre la compacta y heterogénea multitud que invade las calles y anchas plazas.... Entonces, las pingües cosechas de su comercio infame, repletarán su bolsa, y calmarán las ansias de su sórdida codicia....

II.

La tarde está serena.... Fresca brisa cargada de aromas penetrantes, hace ondular las copas de los altos sicomoros y terebintos, y juega con la miriada de pétalos que coloran por doquiera los jardines del real palacio.... Y allí, triste y meditabundo, sobre el brocal de piedra de ancho pozo, devorando en silencio su pena y su desgracia, está postrado un jóven, casi un niño....

Déjense sin relieve sus prendas morales, y sépase de sus ojos azules como un lago, de cuyo fòndo irradia llamaradas de luz una pupila dulce y dilatada;... de sus bucles de oro, ensortijados, que caen sobre su frente franca, fiel indicio de la nobleza de su raza; de su apostura erguida y esbelta como palma del desierto....

Con echar una sola mirada sobre aquel semblante hermoso, caldeado ahora por lágrimas de fuego, se adivina que el corazón es presa de crueles congostas; que en medio al bullicio atronador que le rodea, él

está sólo, enteramente sólo, con su dolor y su aflicción amargos.

Una onda de rico perfume, y el ruido ténue de una falda leve, le hacen salir de su glacial abstracción. Vuelve hácia atrás la vista atribulada, y un estremecimiento extraño sobrecoje su espíritu....

La arrogante, la hermosísima dama; envidiable esposa de Putifar, generalísimo de los ejércitos del poderoso Faraón, está cerca de él y le mira de una manera particular y fija....

—«¿Qué tienes, y en qué piensas, mancebo?—le dice conmovida— ¿Por qué esa tristeza que nubla tu semblante?...»

Y crece su estupor; porque en aquel acento y en aquella mirada, hay algo tentador que le amedrenta.... Esque la una refleja los siniestros fulgores de la lascivia; emula el otro el solapado silvido de la serpiente....

—«¿Por qué enmudece tu labio, y es sordo tu oído á mi reclamo?»

—«Porque soy infeliz, y soy esclavo!—responde él con firmeza.—Porque están lejos de mí los seres que yo amo. Le hacen falta á mi frente los besos de mi anciano padre; echan de menos mis oídos el dulce balar de mis ovejas, y esta brisa tibia é ingrata que respiro, no es pura como la que ondea en los hermosos valles de mi Patria....»

Ella le contemplaba extática, devorando en silencio sus encantos.

—«¿A quién no apenaría tu dolor? Más, cálmate, que he venido hasta tí portadora de gratas esperanzas para tu corazón».

Saltó entonces ágil, y con ansia indefinible, la dijo de exabrupto:

—«¿Qué me quieres decir? ¿Qué misterioso arcano encierran tus palabras? ¿Vienes acaso á devolverme mi perdida libertad? Habla; tu silencio es más cruel que la misma muerte!»

Así, sacudiendo sus bucles con enerjía encantadora, fúljida la mirada y levantado el pecho, veía ella crecer, agigantarse aquella hermosura agreste!...

Díjole entonces con acento blando:

—«De algo mejor soy mensajera....»

—«No te entiendo....»

—«Y ¿aún no lo adivinas, loco? ¿No comprendes mi pena y mi tortura? ¿No te han dicho mis ojos el hondo afán que me devora el alma? Ni esta cruel ansiedad que más me abrasa cuanto más te miro? Ah! desde el instante en que te ví, despierta, siempre te encuentro ante mis ojos; dormida, te apareces ante mí como una visión celestial.... Deja que me bañe en la luz de tus pupilas.... Yo trocaré en un edén de delicias tu mísera existencia; haré que mis caricias borren de tu alma esas negras sombras que te abruman... Nada temas; tengo en mis manos los medios para burlar, con éxito, la confianza de mi esposo....»

—«Calla!... mujer liviana!... ¿Crées, acaso que he de manchar mi ánimo con la impureza de tu criminal deseo? Aparta!...

Apretóse ella el pecho con mortal ansiedad; tomó una de sus manos, y cayendo á sus piés, le dijo entre sollozos:

—«Oh! por piedad! sálvame!... Déjame beber en tus labios el néctar de tu amor,... ten compasión de mí!...»

—«Es inútil tu empeño!... Aparta! te desprecio y te odio!...»

Irguióse de improviso altiva, y deslumbrándole con el siniestro fulgor de su mirada, gritóle fuera de sí:

—«Miserable!... No provoques mis iras! ¿Olvidas que eres mi esclavo? Qué soy el árbitro de tu suerte, y puedo en un instante aniquilarte?»

—«Más temo y huyo tu contacto impuro, que la negra realidad con que me brinda tu despecho....»

—«Has dictado, necio, la sentencia de tu perdición....»

Dijo así, huyendo de aquel sitio, atropellada, en alas de su negra desesperación.

III.

Y en la tranquila soledad de la noche, mientras que José, el humilde, el predilecto hijo de Jacob, aherrojado en húmeda mazmorra, sonreía á las visiones que le forjaba su apacible sueño, ella, la infame adúltera, se retorció de rabia en su lecho de marfil y púrpura....

POBRE LOCO!!

A mi distinguida amiga la Sta. María Pou.

I.

Pues de probar se trata
 que es Cupido un traidor, aquí va un cuento....
 El sitio: un caserón de piedra;
 una mole ruinoso de altos muros,
 tan viejos como duros,
 donde se apiña en confusión la hiedra;
 donde enjambres de yemas y de flores,
 asaltando la cumbre,
 asoman sus primores
 entre redes de cardos y de lianas,
 cada cual á porfía
 de quién logrará primero en el naciente
 albór de las mañanas,
 sentir sobre la frente
 el dulce beso de la tibia lumbre
 que el mago de la luz ufano envía....
 Fué, la tarde del cuento,
 tan limpia y despejada;
 tan rica era en colores,
 que envidioso, Neptuno, los paisajes
 cuajados de arreboles,
 de orlas y de encajes,
 furibundo borró, con mano airada,
 y abortó noche densa.... Rudo el viento
 silvó y bramó sobre Aquilón violento,
 y el fragante atavío
 del alcor y del prado,
 lanzó revuelto, y mustio, y destrozado
 en el seno insondable del vacío....
 En aquel grave instante

que todo en sombra y confusión se esconde,
 y que nada responde
 al eco atronador del dios tonante,
 Gabriel, el visionario,
 que en todo el vecindario
 —entre burlas y antojos—
 fué siempre el blanco de la befa amarga;
 que siempre destrozado
 llevara el corazón, bajo la carga
 de un amor desgraciado;
 vió aquella noche ante sus turbios ojos
 alzarse, deslumbrante y vaporosa,
 la celeste visión de sus amores....

La que está allí presente
 es su Laura, no hay duda; esa es la hermosa,
 causa de sus dolores,
 el punzante aguijón de su martirio;
 la que encendió en su mente
 la fiebre del delirio....

—«Soy tu Laura—le dice—¿me conoces?
 Traigo en mis labios la copa apetecida
 de néctares y goces,
 para endulzar tu vida....

Ven, mi amor, á mis brazos!...»
 Y al sentir sobre el pecho
 la plácida impresión de sus abrazos,
 estremecido de placer....despierta!...

.....

II.

Gabriel, primeramente,
 á esclarecer su situación no acierta;...
 restrégase los ojos y la frente,
 se estira, se revuelve, toca el lecho,
 y al fin desvanecido
 aquel sueño feliz, sobrecojido
 comprime la almohada....
 Oh! triste decepción! está empapada!..
 Dos horas hace que el turbión deshecho,
 por la techumbre mísera le envía

un chorro de agua fría!...
Y mira ¡el infeliz! con torvo ceño
la realidad burlando sus sentidos;
y le parece aún que en sus oídos
un acento mui quedo le decía:
«Imbécil!... más que tonto es el que olvida
que en esta ingrata vida,
la dicha y el amor todo es un sueño!...

HOSANNA!...

En el Día de la Patria.

Patria! por fin en Oriente
brilla el sol de libertad;
ya luce, hermosa, tu frente
una aurora refulgente
de vergüenza y dignidad.

Ya son tuyos esos mares,
esos enajados palmares,
esos valles y esos rios
que arrastran sus murmurios
por entre densos pinares.

Y puesto que el cielo quiso
premiar tus hondos desvelos
dándote dulces consuelos,
acuérdate que es preciso
dar á tu vida altos vuelos.

Necesario es que en tu pecho
jamás muera el sentimiento
de la equidad y el derecho;
que nunca en círculo estrecho
viva ahogado el pensamiento.

Haz que amor, paz y riqueza,
junto á tu moral belleza
surjan de tu afán al beso;
haz que el poder del progreso
lleve en hombros tu grandeza....

Abre á la industria veneros
que te den fama y renombre;

que dignifiquen tu nombre
timbres de honor, verdaderos,
únicos dignos del hombre.

Que tus hijos, alertados
por el duro despotismo,
con lazo estrecho hermanados,
dejen por siempre borrados
los moldes del servilismo.

Que en noble afán se conjuren
contra la torpe maldad,
que proclamen su igualdad,
y ante tus altares juren
morir por tu libertad!

IMPOSIBLE!...

A mi amiga Doña Luisa Mota de Hernando.

Me instigas á que cante,
á que rompa el silencio de mi lira,
que me inspire en la Patria
que es tan bella y hermosa!... Pobre amiga!...
No te falta razón;... ese conjunto
de gracias y primores que se anidan
en el fecundo seno
de esta rejión que Ceres vivifica,
á los ojos del alma siempre asoma,
y á herir las cuerdas del laúd convida.

Yo quisiera ¿lo dudas?
del oscuro rincón donde mis cuitas
y amargas decepciones han dejado
en negro olvido la mohosa lira,
poderla recojer y dar al viento
alegres armonías....

Lo quisiera, en verdad; más ¿quién se atreve
á despertar las cuerdas de la cítara,
cuando la patria atribulada y triste
está en el borde de inminente ruina?
y de nubes, mui negras, circundado
el porvenir se mira?

¿No adviertes cómo aleve,
soberbia y aturdida
la estúpida falanje,
desplegando el pendón de la codicia,
corre, incitada por pasiones torpes,
buscando espacio á su maldad infame?
¿Qué ya no hay rienda á su ambición infame?
¿No ves cómo jermína,
y crece, y por doquier se esparce

maléfica semilla
que el odio enjendra y la maldad avienta
para abortar la guerra fratricida?
Mas vale silenciar, y en el retiro
devorar nuestras penas infinitas....
No puede el labio recitar cantares
cuando el alma se tuerce y agoniza....

1902.

TODO LO SE.

Lo recuerdo muy bien: aquella tarde
cuando te hablaba de mi ardiente beso,
como la espiga que el simún azota
se estremeció tu cuerpo.

Y confusa, y turbada, con presteza
escondiste de mí tus ojos negros,
temerosa talvez que tus pupilas
vendieran tu secreto.

Te engañabas, mujer, pues yo tenía
para ver en tu alma, un libro abierto.
¿No adivinas? Pues bien, tu hermosa frente
me reveló el misterio....

Ya sé que guardas silenciosa y triste
en el sagrario augusto de tu pecho,
oculto torcedor, que tu existencia
convierte en un tormento.

1886.

UN JIRÓN DE PATRIA. .

Episodio de la guerra del 1844.

I.

Aun se siente retemblar la montaña con el fragor de las últimas descargas de fusilería. El campo donde se han desarrollado los horrores de la batalla, está literalmente mustio y desolado; la hierba chamuscada, abrasa las plantas; el humo ennegrecido, cubre los ámbitos como un triste sudario.... Por todos lados hedores pestilentes de cadáveres destrozados en la fiera de la lucha; lamentos y ayes de moribundos abandonados en el desorden de la fuga, y luego, sobre todo ese cuadro de desolación, la noche, como un murciélago gigantesco, arropándolo todo bajo sus inmensas alas de tinieblas....

II.

Se ha dado el jalto! para reponer las fuerzas.... El enemigo ha sido gloriosamente desbandado; pero es terco y tenaz; volverá á la revancha, y es preciso ordenarlo todo, preverlo todo. La patria necesita todavía del esfuerzo de sus buenos hijos, y es punto de honra luchar, luchar heroicamente, hasta vencer ó morir!...

Ha llegado el momento de pasar las listas á la luz del vivac. Cuántos habrán enmudecido bajo el plomo enemigo!...

«¡Presente!...» gritan alborozados los que han sobrevivido.

—«Carlos Ortiz!»—dice el oficial que pasó la revista—
Nadie responde!...

—«Tan valiente, tan pundonoroso soldado!»—se oye murmurar por lo bajo.

—«Sargento! anote usted uno más de los que se quedan para no volver nunca....»

Pero en aquel instante, por el lado del oeste, un soldado, jadeante y cubierto de sangre, llega al campamento en desordenada carrera.

Lleva en su diestra un pedazo de lienzo, de colores casi indefinidos, mientras que con su izquierda se sujeta el pecho.

Era Carlos Ortiz....

—«Soldado! ¿qué significan esa actitud y esos trapos?»—increpa el General en Jefe.

Ortiz hace un supremo esfuerzo, y responde con acento ahogado:

—«¿Qué, no la conoceis, mi general? Esta es nuestra bandera. El oficial abanderado mordió el polvo en el momento en que esos malvados se la arrebataban;... yo le ví caer, y corrí en su auxilio; entablé lucha desigual hasta que, al fin, logré arrancarla de sus manos. Es verdad que he pagado muy cara mi osadía; pero nada importa que muera uno para salvar la honra de muchos.... Ahí la teneis; os la entrego hecha jirones; pero cada uno de ellos es un pedazo de la Patria....»

Y cayó desplomado; era cadáver.... Nadie había reparado en la ancha herida que tenía abierta en el pecho....

.....

III.

Y la tumba de aquel héroe sigue, hasta ahora, ignorada y oscura, sin una tosca cruz que indique siquiera el sitio que fué testigo de aquella singular escena. Así sucede siempre: los humildes, los del montón anónimo, los que con el tributo de sus vidas levantan muy alto el nombre de la Nación, y reflejan sobre ella honra y prez, á esos, ¡los miserandos! nadie los recuerda en los días de la bonanza, mientras el General, fátuo y orondo, refiere sus hazañas de mentiroso heroísmo, y pasea, junto con las doradas charreteras, las ajenas glorias, en medio al lujo y esplendor de los salones....

1909-1910.

Al buen amigo don Abelardo Recto.

Ya en el timbre sonó la hora postrera
que cierra en el espacio tu camino,
y en el caos, cual rauda torbellino,
te has sepultado con veloz carrera....

Cuántos habrá que con rudeza fiera
maldigan su existencia y su destino,
y ahoguen en el tósigo del vino
el golpe rudo de tu mano artera!...

Cuántos también sobre su lecho frío,
por la miseria y el dolor heridos,
inconsolables dejarás llorando!...
Y cuántos que bostecen su hondo hastío!...
Felices ay! los que, de amor henchidos,
en brazos del placer dejás gozando!...

Diciembre 31 de 1909..

LEVANTA!...

A J. M. Camacho, en memoria del prócer
cubano Gral. Antonio Maceo.

Como la encina enhiesta
que arranca de raíz en el bosque
furioso el vendaval, y en su caída
—tras recia sacudida—
descuaja el monte, con fragor salvaje,
así fué su caer!... El golpe rudo
con estruendo salvó del oceano
el ancho dique, á su rudeza estrecho,
cruzó el espacio hasta el confín distante,
y haciendo un sólo pecho
de la América toda, en un instante
hirió en el alma al Mundo Americano!...

De pié sobre la cumbre
do el sagrado deber plantó su tienda,
alentadora y firme la mirada,
que empuja ante su paso
á la hirviente y revuelta muchedumbre
que, en la viril contienda
arrastra en triunfo su pujante brazo;
arrullado el corazón por esos sueños
que el númen de la patria esclavizada
sólo á las almas de esforzado aliento
en dulces horas de esperanza inspira,
y á través del cristal de sus ensueños
—de paz, y dicha, y libertad sediento—
ya redenta y feliz la Patria mira,
así la Parca adusta
le contempló un instante,
y tuvo envidia de su ser gigante!...
Y en medio á la confusa gritería

que á los sicarios del poder embriaga,
el hierro noble de sus manos cae,
y la retina de condor se apaga!...
Incansable adalid! quién te dijera
la triste suerte que el destino artero
guardara á tu ambición!... Ni quién pensara
que en medio al derrotero
que con su estela brillantó la gloria
para que alfombra de tus hechos fuera,
de súbito encontrara
tan honda sima tu brillante historia!...

Por eso consternada,
sobrecojida de terrible espanto,
vió la Patria infeliz rodar perdida
la flor de su esperanza más preciada,
y casi nulo el sacrificio santo
de tanta sangre ante su altar vertida....

Desata, pueblo hermano,
todo el raudal de tu copioso llanto!...
Más.... nó! detén!... No cuadra á tu decoro
cobarde sucumbir;... el pecho oprime:
ahoga en él de tu dolor el grito;
alza la frente atribulada, alienta!

que sólo el hierro vengador redime,
y puede ser tu lloro
motivo vil al déspota, al tirano,
para estremarse en su placer maldito!

Que ruja la tormenta!
que entre el desastre y confusión prolijos,
entre las llamas de siniestro incendio
no encuentre el opresor refugio amigo....
y que, libres al fin, logren tus hijos,

á tanto vilipendio,
á tanto crimen audaz, á tanta saña
dar ante el mundo singular castigo!...

ANTE LOS RESTOS DE COLÓN.

Cuando el acento atronador, vibrante,
del Genio ignoto que al futuro guía,
díjole al mundo que la Patria mía
guardaba el polvo de tu ser gigante;

de orgullo henchido, el pecho palpitante,
sentí más que ansiedad, cruel agonía
por llegar hasta tí, tu losa fría
con la frente tocar.... Supremo instantel...

Y salvé la distancia; pisé el muro
del coloso que audaz al tiempo humilla,
crujió mi planta en su recinto oscuro,
y, al avanzar incauto, de repente
alguien me dijo en la conciencia: «téntel...
y dobla ante esos huesos la rodilla!...»

ESO NUNCA!

Canción.

Podrás mirarme con igual desprecio
que inspira al colibrí la mustia flor
cuyo cáliz en noche borrascosa
el cierzo marchitó....

Podrá tu orgullo hacer de mi existencia
un infierno insufrible de dolor,
que escuche siempre en mi terrible angustia
tu eterna maldición.

Todo podrá ser; más no pretendas
arrancar de mi pecho esta pasión;...
aunque el nublado nos oculte el cielo
¿no existe siempre el sol?

INDICE.

Proemio.....	Página	1
La 'Ofrenda.....	"	3
Del Natural.....	"	5
Malvado!!.....	"	8
Aguinaldo.....	"	10
Un Maestro de antaño.....	"	12
Acfbar.....	"	16
Florescencia.....	"	17
De golpe y porrazo!.....	"	20
Mis ansias.....	"	24
Arte divino.....	"	26
Bíblica.....	"	28
Abolengo.....	"	30
Don Fredy.....	"	32
Báquica.....	"	36
Flat Lux!.....	"	38
Espejismo.....	"	40
Pro Patria.....	"	42
En la tala.....	"	44
Un Ministro en regla.....	"	46
Paisaje agreste.....	"	50
Contraste.....	"	51
El charco del indio.....	"	53
Amargura.....	"	56
27 de febrero.....	"	58
La adúltera de Oriente.....	"	59
Pobre loco!!.....	"	62
Hosanna!.....	"	65
Imposible!.....	"	67
Todo lo sé.....	"	69
Un jirón de Patria.....	"	70
1909—1910.....	"	72
Levanta!.....	"	73
Ante los restos de Colón.....	"	75
Eso nunca!.....	"	76

